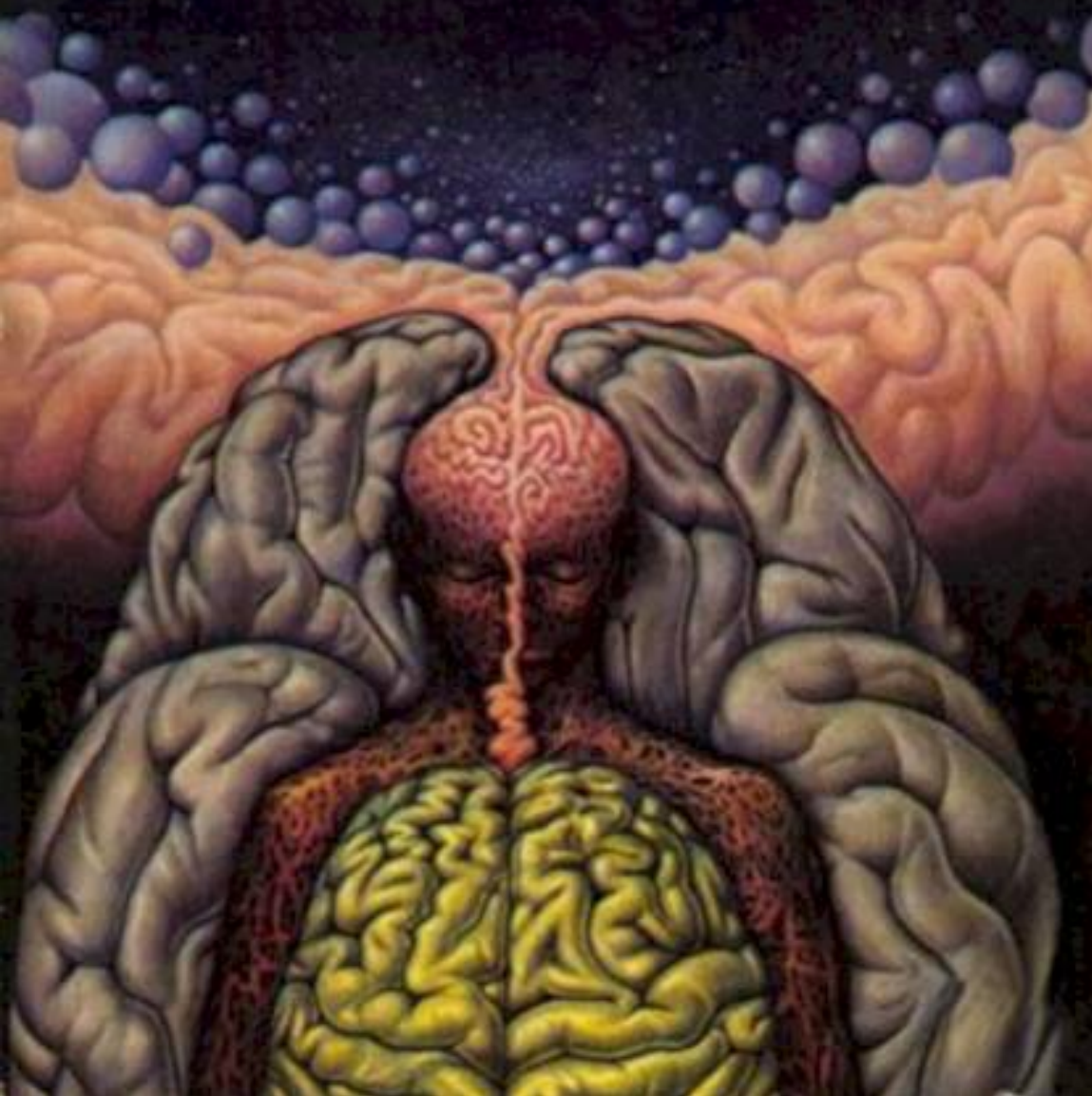


**LA MENTE ASESINA  
DE ANDRÓMEDA**  
FREDRIC BROWN



El Ser Mente era incapaz de amar o de compadecerse, y también de odiar. Porque él era solamente una cosa llegada de otra galaxia con una diabólica misión.

El Ser Mente, casi pensamiento puro, hacía lo que tenía que hacer, y buscaba el cuerpo idóneo para penetrar en él, dominarlo y convertirlo en su anfitrión. Y pasaría de un cuerpo a otro, matando a cada uno de sus anfitriones cuando ya había servido a sus propósitos. Porque el Ser Mente tenía un objetivo inmediato: encontrar al anfitrión que con sus conocimientos y poder le diera la oportunidad de escapar del exilio.

# Capítulo 1

La cosa mental usó su sentido perceptivo para observar el extraño sitio en que se encontraba. No tenía órganos para ver ni para oír, pero su percepción era muy superior: podía «ver» a todo su alrededor, con perfecta claridad, hasta una distancia de veinte yardas, con menos certeza hasta unas cuarenta; pero su visión no se detenía ante obstáculos. Podía ver desde un mismo punto, tanto la corteza de delante de un árbol, como la de atrás. Podía ver dentro de la tierra con tanta extensión y claridad como por encima. Su capacidad para percibir vibraciones llegaba a mayor distancia y era muy aguda.

No sólo podía ver sino también escuchar el deslizarse de los gusanos dentro de la tierra: lo desconcertaban: ninguna vida similar existía en los otros mundos. Pero no parecían peligrosos. Tampoco parecían serlo los pájaros que divisaba en los árboles. Le eran casi familiares: la vida de las aves parece evolucionar de un modo semejante en todos los planetas cálidos que poseen una atmósfera densa que permite el vuelo. (¡Pero, qué enormes eran los árboles en que estaban! Eran varias veces más altos que los que conocía). Y había un extraño animal de cuatro patas durmiendo en un agujero: una madriguera que, al parecer, se había construido voluntariamente en la tierra a solamente diez yardas de distancia.

Como el cuadrúpedo estaba durmiendo, la cosa mental supo que podía entrar en su cerebro, hacerlo un huésped.

Pero parecía no valer la pena. Donde había pequeñas criaturas, habría, con seguridad, otras mayores, con más fortaleza y más capacidad cerebral. Quizás...

¡Sí! Su segunda investigación de las cercanías le mostró algo que no había visto antes. Depositado en el suelo, a unas doce yardas, había un cuchillo sucio y quebrado que había sido tirado allí, o extraviado. No lo reconoció como un cuchillo, pero fuera lo que fuese, se trataba de algo artificial. ¡Y un artefacto significaba vida inteligente!

Significaba peligro también. La vida inteligente podía ser hostil, y él era pequeño y vulnerable. Tenía que aprender más sobre las formas de vida con inteligencia, especialmente si cogía a algún ejemplar durmiendo para poder entrar en su mente. Así podía aprender mucho más que mediante pura observación.

Se encontraba en una posición muy expuesta, justo detrás de lo que parecía ser un prado. Tenía que trasladarse por lo menos hasta el pasto alto, a una yarda de distancia, lugar en que quedaría suficientemente oculto. Tal escondite sería completamente inútil, por supuesto, contra sus propios semejantes o contra cualquier otra raza que tuviera también sentido perceptivo en vez de visión. Pero la probabilidad era de mil a uno: era muy difícil que las criaturas inteligentes de aquí, aparte de cualquier otra característica propia, tuvieran otra cosa que pura visión. Sabía que en ninguno de los planetas que conocía se encontraban criaturas con vista y sentido perceptivo desarrollados al mismo tiempo. Uno u otro, solamente. Y aquí, tanto los pájaros como el animal de cuatro patas, tenían solamente vista, ojos.

Trató de levitarse, para avanzar una yarda, pero no pudo. No se sorprendió. Ya se había dado cuenta, por varios indicios, que éste, comparado con su mundo, era un planeta con poderosa fuerza de gravedad. Y su raza, aun en su propio planeta, había perdido en gran parte el poder de levitarse. La levitación era un esfuerzo, y como todos poseían algún huésped, era mucho más fácil conseguir que uno los

moviera, cuando moverse era necesario, que hacer un esfuerzo y levitarse. Un poder que no se usa disminuye tanto como un músculo que se atrofia.

Así que estaba sin esperanzas, hasta y a menos que pudiera encontrar un huésped lo suficientemente fuerte como para moverlo. Y la única criatura que dormía en los alrededores, la única que podía controlar y convertir en su huésped, era decididamente demasiado pequeña, tanto que quizás pesaba menos de la mitad que él. Por supuesto, él podía reducir algo su propio peso tratando de levitarse mientras el de cuatro patas...

Repentinamente, a máxima distancia, percibió algo y concentró toda su atención en ese sentido. Si había algún peligro aproximándose, no había tiempo para experimentar la utilidad de ese animal y moverse hacia algún escondite.

Al principio fue solamente una vibración que podrían ser pisadas o algo semejante. Y había otra clase de vibración que venía por el aire y no por la tierra. Era como los sonidos que cierta clase de criaturas, en general las inteligentes, que se comunican vocalmente, usan para este propósito. Parecían ser dos voces, una más potente que la otra, que vibraban alternadamente. Por supuesto, las palabras no significaban nada para la cosa mental ni podía ésta investigar sus pensamientos. Su raza podía comunicarse telepáticamente, pero sólo entre sí.

Entonces se acercaron al alcance de la percepción visual. Eran dos. Uno era algo más grande que el otro, pero ambos eran grandes. No podía dudarse que fueran miembros de una raza inteligente, ya que ambos llevaban vestidos, y sólo estas razas, durante un período de su desarrollo, usan ropas. Estaban erguidos, tenían dos piernas y dos brazos. También tenían manos, y esto los haría excelentes huéspedes, pero no había tiempo para pensar en eso ahora. Su problema era la supervivencia, antes de poder coger una criatura de ese tipo y durmiendo.

Eran de una especie bisexual, notó, porque, si bien sólo percibía sus ropas, su percepción no se detenía en eso; podía estudiar sus órganos internos con tanta precisión como si se tratara de cuerpos desnudos y, en realidad, se trataba de seres de distinto sexo. Eran mamíferos.

Pero lo importante era que se estaban acercando. Caminaban junto al prado, a dos pies de distancia de su escondite; difícilmente dejarían de verlo.

Desesperado, se introdujo en la mente del único huésped a mano, el pequeño cuadrúpedo. No tuvo tiempo para probarlo o estudiarlo: sencillamente partió corriendo como un loco fuera de su escondite. Tenía que interceptar a los dos extranjeros. Qué podría suceder no lo sabía, pero nada tenía que perder. Había más posibilidades dentro de un pequeño huésped que sin ninguno: quizá, incluso, aunque pareciese poco posible, esa pequeña vida fuera peligrosa y temida para las mayores. Quizá fuera venenosa o mortal de algún modo para las otras. Repartidos en todas las galaxias hay planetas en los cuales pequeñas vidas son capaces, de un modo u otro, de aterrorizar a criaturas aparentemente más fuertes. Por último, también era posible que los bípedos consideraran aquí a los cuadrúpedos como alimento y trataran de perseguirlo y matarlo para comerlo. En ese caso, supuso, la pequeña criatura podría correr por lo menos tan rápido como ellos; si eso fuera posible, podría guiarlos hasta algún lugar más apartado del prado. Entonces sería muy útil dejarlos coger el pequeño cuadrúpedo y dejar que lo mataran.

Tendrían que matarlo o matarlo él mismo en todo caso. Porque si su única manera de entrar en un huésped era mientras éste durmiera, el único medio de abandonarlo era cuando el huésped hubiera muerto. Y el huésped que se le ofrecía era demasiado pequeño y débil como para utilizarlo más de lo estrictamente indispensable.

Charlotte Garner se detuvo repentinamente y, como tenía cogido el brazo a Tommy Hoffman, lo obligó también a

detenerse, de un modo tan inesperado que casi lo hizo caer. Miró a Charlotte y vio que ella observaba algo en el prado, al frente.

—Mira, Tommy —dijo - Un ratón de campo. ¡Mira lo que hace! Tommy miro.

—Qué extraño —dijo.

El ratón campestre, justo en medio del prado y a dos pies de distancia, estaba sentado como si fuera un perro. Pero, y esto era ya distinto, movía las patas delanteras como haciéndoles señas. Sus pequeños y agudos ojos los miraban directamente y con fijeza.

—Nunca vi nada parecido —dijo Charlotte - Actúa amistosamente, sin miedo. Quizás alguien lo ha domesticado y luego lo ha dejado en libertad, pero a él le sigue gustando la gente.

—Puede ser. Nunca vi antes algo tan raro. Bien, ratoncito, quítate un momento para que podamos continuar andando, sin pisarte.

—Espera un poco —dijo Charlotte. Ya se había soltado del brazo de su amigo—. Es tan encantador que trataré de cogerlo. Antes que terminara de hablar, Charlotte se inclinó y cogió al animalito con suavidad pero con firmeza. Charlotte era una mujer ejecutiva y con reflejos rápidos. Cogió al ratón campestre antes de que Tommy pudiera moverse o protestar y antes de que el ratón pudiera correr y escapar.

—Oh, Tommy, es simpático.

—De acuerdo, es simpático. Pero no te lo irás a llevar, ¿verdad? No lo podrás tener mientras nosotros...

—Lo dejaré en el suelo en seguida, Tommy, sólo quería saber si podía cogerlo y acariciarlo un poco. ¡Ay! —Lanzó al ratoncito—. Este diablo me ha mordido.

El ratón campestre huyó de ellos hacia un lado del prado y desde allí, entonces, sólo desde unos seis pies de distancia, después de detenerse, miró atrás para ver si lo perseguían. No, no lo seguían; sólo lo miraban, pero no se movían.

—¿Te ha herido, querida? —preguntaba Tommy.

—No, solamente un rasguño. Me asustó, eso es todo.

—Se le ocurrió mirar hacia abajo nuevamente—. ¡Tommy!  
¡Mira!

El ratoncillo volvía, esta vez hacia Tommy. Comenzó a trepar por la pernera de su pantalón. Le dio un manotazo, lanzándole a varios metros de distancia. Volvió al ataque nuevamente... si es que atacar era su intención. Esta vez Tommy no le había perdido de vista, y estaba preparado. Su pie se alzó y cayó; hubo un débil crujido. Con el costado del zapato apartó del sendero lo que había quedado del ratoncillo de campo.

—¡Tommy! ¿Es que tenías que...?

Su rostro estaba ensombrecido cuando se enfrentó con ella.

—Charl, esa cosa estaba loca, atacarme dos veces. Escucha, si te ha salido sangre cuando te mordió, es mejor que vuelvas al pueblo inmediatamente. Lo llevaremos con nosotros para ver si se trata de rabia. ¿Dónde te mordió, Charl?

—En el pecho, en el seno izquierdo, cuando le apreté junto a mí. Pero no creo que haya salido sangre... por lo menos, no a través de este chaleco y del sujetador. Fue más bien un pinchazo muy leve que un mordisco. No me dolió mucho, solamente me asustó un poco y lo solté.

—Tenemos que ver eso. Quítate tu... No, ya casi estamos allí. Un minuto más y nada importaría, y alguien podría pasar por aquí.

Fue él quien la cogió del brazo esta vez y comenzó a caminar, con tal rapidez que ella casi tuvo que correr para mantener su ritmo.

—Mira, una tortuga —dijo ella, unos pasos más adelante.

Pero él no se inclinó.

—Ya has jugado con bastantes animales esta tarde. Apúrate, cariño.



Dieron unos pasos más, doblaron más allá del prado, entraron bajo unos árboles y arbustos hacia el lugar que habían descubierto juntos y habían destinado exclusivamente para ellos. Era un rincón cubierto de pasto muy suave y protegido por arbustos en todas direcciones: un perfecto refugio suficientemente lejos del prado como para poder hablar en tono normal sin ser oídos desde el exterior. Tenía todas las cualidades de una isla desierta y ninguno de sus problemas. Era tan hermoso como apartado y fácilmente accesible, ya que para la gente joven y saludable una caminata de dos millas es un placer y no un cansancio.

Eran jóvenes y sanos y estaban profundamente enamorados. Tommy Hoffman tenía diecisiete años y Charlotte Garner dieciséis. Habían jugado juntos desde niños. Actualmente iban también juntos al colegio y estaban en el mismo curso. (Tommy no se preocupaba mucho de estudiar, había perdido un año y ya estaba al mismo nivel de Charlotte. Ambos habían completado ya dos años de bachillerato).

Hacía un año que estaban enamorados y desde seis meses estaban comprometidos. Habían hablado del asunto con sus familias y no habían encontrado ninguna oposición para sus proyectos excepto en lo concerniente a la fecha del matrimonio. Tommy, que acababa de cumplir diecisiete años, quería dejar en seguida el colegio para casarse sin pérdida de tiempo. No habría dificultades, decía. Su padre era viudo y Tommy su único hijo; vivían en una enorme casa de campo (el padre de Tommy pensaba, cuando la construyó, en un gran número de hijos): de este modo, no sólo habría habitación para Charlotte sino también para sus hijos, siempre y cuando los hubiera. Y Tommy, que sabía mucho de agricultura y quería ser agricultor de todas maneras, podría entonces ayudar a su padre todo el tiempo y no solamente de vez en cuando; Charlotte se ocuparía de la casa y entre los tres podrían mantenerse muy bien. Y tal era el arreglo que, sin duda, se haría dentro de dos años; apenas

terminaran la enseñanza media, entonces, ¿para qué esperar? ¿Para qué sirve un agricultor con diploma de enseñanza media? El mismo mister Hoffman, decía Tommy, había aprobado sólo la enseñanza elemental, y sin embargo se las había arreglado muy bien con su finca. Además, ni él ni Charlotte querían terminar el bachillerato. No les molestaba el colegio, pero pensaban que de todos modos no les estaba sirviendo de nada. ¿De qué servirían a un granjero cosas como la historia y el álgebra?

Como de costumbre, en las discusiones amistosas se llega a un acuerdo, a un compromiso. No tenían que esperar dos años ni que terminar el colegio. Si esperaban un año, continuando mientras en el colegio, hasta que Tommy tuviera dieciocho años y Charlotte diecisiete, el padre de Tommy los padres de Charlotte darían su consentimiento para dejar el colegio y casarse.

Esto había sido seis meses antes, ahora les quedaban sólo seis meses de espera. En otro sentido estaban esperando desde sólo un mes atrás. Esto sucedía (o le sucedía a Charlotte) desde el día cuando, caminando por entre el bosque, habían encontrado este pequeño y apartado paraíso. Y ese día el tiempo había sido demasiado perfecto, el lugar demasiado hermoso, los besos demasiado maravillosos, los abrazos demasiado apasionados: la biología hizo su oficio. No hubo ni lágrimas ni remordimientos; para ser la primera experiencia de los dos, resultaba inesperadamente maravillosa. Por supuesto, como no tenían puntos de referencia, no podían saber si había sido desacostumbradamente maravillosa, pero en realidad fue maravillosa. Tampoco, ni entonces ni después, tuvieron remordimientos de orden moral. Habían sido educados creyendo que las relaciones sexuales fuera del matrimonio eran malas, pero esto no era malo. De todas formas se iban a casar pronto, ¿por qué no apenas pudieran? Además, se consideraban ya casados ante los ojos de Dios, y, si había un Dios que se preo-

cupara de tales asuntos, tendría que considerarlos del mismo modo. Estaban muy enamorados.

Ésta era la tercera vez que volvían a este lugar. Pero este día había empezado distinto a los otros por causa del ratón.

—Rápido, Charl —dijo Tommy con urgencia sácate ese sweater. Te desabrocharé el corpiño mientras haces eso. Y si hay el más pequeño rasguño en tu piel donde esa... cosa te mordió, tendremos que volver, tendremos que volar de vuelta.

Se había sacado el sweater y el corpiño. Los dos examinaron su pecho izquierdo. Era un seno bien construido y muy hermoso; igual era el derecho. Y uno y otro estaban igualmente libres de señales.

—Gracias a Dios —dijo Tommy, aliviado—. ¿No te molesta nada?

Se apretó, experimentalmente, encima del pezón.

—Lo suficiente para saber en dónde está. —Bajó la mano y le sonrió—. Podrías besarlo y mejorarlo. Si necesitas una excusa...

Tommy no necesitaba excusas. Y los dos supieron que lo que iba a suceder iba a ser, por lo menos, igualmente maravilloso que las otras veces, y quizás más aún debido a las molestias que habían tenido.

Y fue maravilloso, en efecto; pero esta vez, aunque no lo sabían, había algo diferente.

Esta vez algo los estaba observando, algo cuyo equivalente de la vista no quedaba obstruido ni por árboles ni por arbustos. Algo más horrible (aunque desapasionadamente) que todo cuanto cualquiera de ellos podría concebir en pesadillas.

## Capítulo II

La cosa mental miraba con avidez. No por impudicia: no habría comprendido el significado de esta palabra, él no tenía sexo (y usamos el pronombre «él» porque el pronombre «eso» resultaría demasiado impersonal). Su especie se reproducía por fisión, porque cada criatura se dividía en dos, tal como lo hacen las formas de vida inferiores, tal como una bacteria, en la Tierra.

Pero miraba con tanta ansiedad como si su interés fuera libidinoso, a causa de una repentina esperanza que se le había despertado al ver lo que ellos estaban haciendo. Ahora sí que creyó posible conseguir un buen huésped, y pronto. Sabía por sus conocimientos (algunos de primera mano, otros adquiridos) de un millar de mundos con criaturas que, como éstas, eran de dos sexos y efectuaban el acto sexual de una manera semejante. Siempre, después, tenían una gran tendencia a dormir. No porque ese acto los agotara, pero porque las especies inteligentes bisexuales quedan emocionalmente exhaustas.

Si alguno de ellos dormía, entonces tenía un huésped a su disposición. Si ambos dormían, decidió escoger al macho, ya que parecía el más grande y fuerte de los dos. Con mucha probabilidad también el más inteligente.

Después de un momento se relajaron y quedaron inmóviles y él empezó a esperar. Se movieron de nuevo, se besaron algunas veces, murmuraron algunas palabras. Pero

entonces, relajados en una postura distinta, quedaron quietos por segunda vez.

La hembra durmió primero, y él pudo haber entrado en ella, pero el macho tenía los ojos cerrados y su respiración era lenta y regular. Obviamente, estaba ya al borde del sueño. La cosa mental esperaba, por lo tanto.

Entonces el macho se durmió y la cosa mental penetró en su mente. Hubo una breve pero terrible lucha con el ego, la esencia, la parte de la mente que era Tommy Hoffman. Siempre había una lucha parecida al entrar en el cerebro de una criatura inteligente. (Esta batalla era mínima en un animal: en un microsegundo había entrado en la mente del pequeño cuadrúpedo una hora antes). Pero mientras más inteligente fuera una especie, más dura era la batalla; variaba, también, con el grado de inteligencia de los individuos de una especie.

En este caso le costó algo así como un segundo, tiempo que se empleaba con las criaturas de moderada inteligencia. Después, ya tuvo bajo su control la mente de Tommy y, por su intermedio, su cuerpo. Lo que siempre había sido Tommy Hoffman estaba allí, pero encerrado desvalido, incapaz de utilizar su propio cuerpo o sus sentidos. Allí estaba la cosa mental que sólo podría salir con la muerte de Tommy. La de Tommy o la de la cosa mental.

La cosa mental poseía ahora todos los recuerdos de Tommy y todos sus conocimientos. Pero le tomaría tiempo asimilarlos completamente y trazar sus planes según ellos. Lo primero es lo primero.

Y lo primero era trasladar su cuerpo a un lugar a salvo. Su propio cuerpo, claro. Antes que un hombre o un animal (ya poseía el vocabulario de Tommy) pudiera venir y dañarlo o destruirlo.

Dejó a un lado todo lo demás y empezó a buscar entre los recuerdos de Tommy algún buen lugar para esconderse, y encontró uno. A media milla, en las profundidades del bosque, había una caverna en la ladera de una colina. Era

pequeña pero secreta y desconocida. Hacía varios años que Tommy la había encontrado, cuando apenas era un niño de nueve años; la había considerado su caverna y no se la había mostrado jamás a nadie. Según lo que estaba a su alcance nadie más hasta ahora la conocía. Además, tenía un suelo de arena.

Muy silenciosamente para no despertar a la hembra (la podía haber estrangulado, por supuesto, pero eso habría sido una complicación innecesaria; no tenía ningún interés en conservarla viva, pero tampoco era su costumbre matar porque sí) se levantó y partió hacia el prado. Como el tiempo y la rapidez eran importantes —ya que alguien podía venir a pasear por ese mismo lugar— no cogió los vestidos de su huésped. Tommy tenía puestos solamente un par de calcetines azules; sus otras prendas —zapatos, shorts, pantalones y una camisa— quedaron amontonados junto al lugar en que había estado acostado.

Antes de partir hacia los arbustos para abandonar el rincón encerrado, miró atrás para asegurarse que la niña todavía dormía. Estaba durmiendo con su joven cuerpo completamente desnudo. Ni siquiera llevaba calcetines, ya que había venido sólo con sandalias. Supo por la mente de Tommy por qué no se habían vestido después de haber consumado el acto. Era muy agradable sentir el sol sobre los cuerpos desnudos esa tarde. Además, Tommy esperaba que, después de una pequeña siesta —sabían que por lo menos uno de los dos despertaría después de media hora— podrían tener otro... otro «round» (ésa fue la frase exacta que encontró en la mente de Tommy). Evidente, estas criaturas conseguían un placer considerable en la copulación. Y también, aunque siempre llevaran ropas excepto en privado, en la vista y el tacto de sus cuerpos desnudos.

En el prado, se irguió y empezó un trote rápido en dirección a la caverna que había descubierto en la mente de Tommy, la caverna que sería su escondite, al menos por un tiempo.

Experimentando con la mente de Tommy, supo la respuesta a algo que lo había intrigado: por qué, si Tommy y la niña lo habían visto, no se habían detenido a investigarlo. Superficialmente, visto desde encima, se parecía algo a una criatura de la Tierra (ya sabía el nombre del planeta) cuyo nombre era tortuga. A primera vista parecía una tortuga de unas cinco pulgadas de ancho con sus pies y cabeza dentro de la concha. Las tortugas se mueven despacio y no son inteligentes; no molestan a los humanos y éstos rara vez las molestan a ellas. Verdad que eran comestibles —y le llegó el concepto y el sabor de una sopa de tortuga—, pero, a menos que un ser humano estuviera dedicado a cazar tortugas, nadie se habría llevado a casa una sola y de su tamaño; pesaría alrededor de dos libras, casi lo mismo que su propio peso, pero dejaría apenas algunas pocas onzas de carne comestible; insuficiente excepto para un hombre hambriento o agotado que se quisiera dar la molestia de matarla y disecarla.

Ese parecido accidental lo había salvado. Eso y sus acciones como ratón de campo cuando tenía a uno de ellos como huésped. Lo que había hecho con el ratón campestre había sido correcto, aunque por razones equivocadas: otro accidente afortunado. No se habían asustado de él ni lo habían expulsado del prado. Pero al herir a la niña cuando ella lo había cogido y después de atacar al joven cuando la niña lo tiró al suelo, les había inspirado temor. Podía tener algo llamado rabia y podía haber infectado a la niña al morderla. Y el temor había impulsado a Tommy a apurar la llegada al escondite para que pudieran ver exactamente qué le había sucedido; de otro modo quizás habrían continuado su descanso ociosamente y lo habrían interrumpido quizás cuando la niña dijera: «Mira. una tortuga». Y, seguramente, habrían investigado más. Habrían descubierto en segunda instancia que se trataba de una tortuga de una especie poco común. Y luego, quizás, que en realidad, no se trataba de ninguna tortuga. En vez de tener una concha distinta